

Las olas devolvieron a la playa de Notre-Dame-d'Alloue, cerca de Valognes, el paquete que mi primo había arrojado al mar. Los papeles encerrados en este paquete sirvieron de pruebas. Había treinta y dos. Quintal, vuelto con su barco a la playa de la Bretaña para recoger a Armando, por una obstinada fatalidad había naufragado también en las aguas de Normandía algunos días antes que mi primo. La tripulación del barco de Quintal habló, y el prefecto de Saint-Lô se enteró de que el señor de Chateaubriand era el jefe de las empresas del príncipe. Así que llegó a su noticia que una chalupa, tripulada únicamente por dos hombres, había llegado a tierra, no dudó un solo momento que Armando fuese uno de los dos naufragos, puesto que todos los pescadores hablaban de él como del marino más intrépido que habían conocido hasta entonces.

El 20 de enero de 1809, el prefecto de la Mancha comunicó a la policía general la prisión de Armando. Su comunicación empezaba de esta manera:

«Mis conjeturas se han realizado por completo; Chateaubriand está preso, y él fué quien abordó a la costa de Bretteville, bajo el nombre de John Fall.

»Temeroso de que, a pesar de las órdenes perentorias que había dado no llegase John Fall a Saint-Lô, encargué al sargento de la gendarmería del distrito, Mauduit, persona de confianza, y de una gran actividad, que buscase al dicho John Fall por todas partes, y que lo condujera a mi presencia, cualquiera que fuese el estado en que se hallara. Se le encontró en Coutances, en el momento en que se disponían a trasladarlo al hospital para curarle las piernas, que tenía heladas.

»Hoy ha comparecido Fall ante mí. De antemano había introducido a Lelièvre en una habitación, desde la cual podía ver entrar a John Fall, sin ser visto. Cuando Lelièvre le vió subir la escalera que había antes de llegar a aquella habitación, exclamó dando palmadas y cambiando de color: «¡Es Chateaubriand! ¿Cómo lo han cogido?»

»Lelièvre no se hallaba enterado de nada. Esta exclamación fué arrancada por la sorpresa. Después me rogó que no dijera que había nombrado al señor de Chateaubriand, porque le perdía, y he dejado ignorar a John Fall que conocía su verdadero nombre.»

Conducido a París y encerrado en la Force, Armando sufrió un interrogatorio secreto en la prisión militar de la Abadía. Bertrand, capitán de la primera media brigada de veteranos, había sido nombrado fiscal de la comisión militar encargada por decreto de 25 de febrero, de intervenir en este asunto, por el general Hullin, que era comandante de armas de París.

Los individuos comprometidos eran: el señor de Goyon, enviado a Brest por Armando, y el señor Boisé-Lucas, hijo, encargado de entregar las cartas de Enrique de Larivière a los señores Laya y Sicard, en París.

En una carta del 13 de marzo escrita a Fouché, decía Armando: «Que el emperador se digne otorgar la libertad a los que gimén en las prisiones, por haberme manifestado su amistad, aun cuando a mí me suceda lo que quiera. Recomiendo mi desgraciada familia al emperador.»

Esta mala inteligencia de un hombre de entrañas humanas que se dirige a una hiena hace daño. Bonaparte no era el león de Florencia: él no soltaba al hijo por las lágrimas de la madre. Yo había escrito a Fouché pidiéndole una entrevista; me fué concedida, y me aseguraron con el aplomo de la ligereza revolucionaria, «que había visto a Armando, y que no debía pasar ningún cuidado por él: que moriría bien, y que tenía el aspecto de un hombre resuelto». Si hubiera yo propuesto a Fouché que muriese, ¿usaría para consigo mismo ese tono deliberado y esa soberbia indiferencia?

Me dirigí a la señora de Remusat, rogándola entregase a la emperatriz una carta pidiendo justicia o gracia para el acusado. La señora condesa de Saint-Lieu me contó en Arenenberg el resultado de mi carta. Josefina la entregó al emperador, que pareció como si dudara al leerla; pero después, hallando en ella algunas palabras que le desagradaron, arrojó con mal humor la carta al fuego. Me había olvidado de que no se podía ser orgulloso sino en causa propia.

El señor de Goyon, condenado al mismo tiempo que Armando, sufrió su sentencia, no obstante haberse interesado por él la baronesa-duquesa de Montmorency, hija de la señora de Matignon, de las que eran aliados los Goyon. Una Montmorency servil debía haberlo alcanzado todo, si bastara el prostituir un nombre para aliar a un poder nuevo una

antigua monarquía. La señora de Goyon, que no pudo salvar a su esposo, salvó al joven Boisé-Lucas. Todo anduvo desbaratado en esta catástrofe, que se ensañaba con personas desconocidas; se había dicho que se trataba de la caída de un mundo: tempestades en el agua, emboscadas en tierra, Napoleón, el mar, los asesinos de Luis XVI y tal vez alguna pasión, alma misteriosa de las catástrofes de la sociedad. Y todo esto ha pasado casi inadvertido; sólo a mí me afectó, y sólo vivió en mi memoria. ¿Qué importaban a Bonaparte los insectos aplastados por su mano sobre su corona?

El día de la ejecución quise acompañar a mi camarada sobre su último campo de batalla; no encontré carruaje, y corrí a pie a la llanura de Grenelle. Llegué sudando un momento después de la ejecución: Armando acababa de ser fusilado hacía un instante contra las murallas de París. Su cabeza estaba destrazada: el perro de un verdugo lamía su sangre y su cerebro. Acompañé la carreta que conducía los cuerpos de Armando y sus dos compañeros, plebeyo y noble, Quintal y Goyon, al cementerio de Vaugirard, donde había acompañado antes al señor de La Harpe. Vi por última vez a mi primo, sin poder reconocerlo; el plomo le había desfigurado y no se le veía el rostro; no pude apreciar en él el destroz de los años, ni aun ver la muerte a través de aquel sangriento velo; así es que se conservó joven en mi memoria y tal como le había visto en el sitio de Thionville. Fué fusilado el Viernes Santo, y el crucifijo se me aparecía al fin de todas mis desgracias. Cuando me paseé por el bulevar de la llanura de Grenelle me detengo siempre a mirar la señal de las balas sobre la muralla. Si las balas de Napoleón no hubiesen dejado otras huellas que ésta, seguramente no se hablaría de él.

¡Extraño encadenamiento de los destinos! El general Hullin, comandante de armas de París, fué quien nombró la comisión militar que hizo saltar la tapa de los sesos de Armando: en otra época él fué nombrado presidente de la comisión que fusiló al duque de Enghien. ¿No hubiera debido abstenerse, después de la primera catástrofe, de tomar parte en ningún consejo de guerra? Y yo he hablado de la muerte del hijo del gran Condé sin recordar al general Hullin, la par-

te que había tomado en la ejecución del obscuro soldado de mi familia. Para juzgar a los jueces del tribunal de Vincennes, había sin duda, a mi vez, recibido mi comisión del cielo.

París, 1833.

AÑOS 1811, 1812, 1813 y 1814. — PUBLICACIÓN DEL «ITINERARIO». — CARTA DE BAUSSET. — MUERTE DE CHENIER. — SOY ADMITIDO MIEMBRO DEL INSTITUTO. — MI DISCURSO.

El año 1811 fué uno de los más notables en mi carrera literaria.

Publiqué el *Itinerario de París a Jerusalén*, reemplacé al señor de Chenier en el Instituto, y comencé a escribir las *Memorias* que hoy termino.

El éxito del *Itinerario* fué tan brillante, como discutido fué el de *Los Mártires*. No hay emborrador de papel, por insignificante que sea, que a la aparición de su *fárrago* no reciba cartas de felicitación. Entre las que llegaron a mis manos, hay una que no me es permitido hacer desaparecer, por ser la carta de un hombre lleno de virtud y de mérito, que ha publicado dos obras de reconocida autoridad, y que no dejan nada que decir sobre Bossuet y Fenelón. El obispo de Alais, cardenal de Bausset, es el historiador de estos dos grandes prebostes. En mi opinión, dice de mí más de lo que merezco, que esto es una costumbre admitida cuando se escribe a un autor; pero el cardenal hace conocer la opinión general del momento sobre mi *Itinerario*; entrevé, con relación a Cartago, las objeciones que habían de hacerse a mi opinión geográfica; sin embargo, esta opinión ha prevalecido, y vuelvo a su lugar las puertas de Dido. Su carta es notable por la elegancia de una escogida sociedad, por el estilo grave que le prestaban la cortesanía, la religión y las buenas costumbres: excelencias de lenguaje que tan raras son hoy.

Villemoisson, por Lonjumeau (Sena-y-Oise)
25 de marzo 1811.

«Ha debido usted recibir, y habrá ciertamente recibido la justa recompensa del reconocimiento y de la satisfacción pública; pero le puedo asegurar que ninguno de sus lectores habrá experimentado un sentimiento más puro que yo. Es usted el primero y el único viajero que no

necesitó el grabado y el dibujo para presentar a los ojos de sus lectores los lugares y monumentos que traen a la imaginación los gratos recuerdos y las grandes imágenes. Su alma de usted lo ha sentido todo, su imaginación lo ha descrito todo, y el lector siente con su alma y ve con sus ojos.

»No podría pintarle, sino muy débilmente, la impresión que ha producido en mí desde las primeras páginas, recorriendo con usted las costas de la isla de Corceira, y viendo abordar a ellas a todos esos hombres *eternos* que llevaron a aquel punto tan diversos destinos. Unas cuantas líneas le han bastado para grabar eternamente las huellas de sus pasos; siempre se las encontrará en su *Itinerario*, que las conservará más fielmente que los mármoles, que no pudieron guardar los grandes nombres que les fueron confiados.

»Hoy día conozco los monumentos de Atenas como se desean conocer. Los había visto anteriormente en hermosos grabados, los había admirado, pero jamás los había sentido. No tenemos presente que si los arquitectos tienen necesidad de la descripción exacta de la medida y de las proporciones, los hombres necesitan encontrar el alma y el genio que han concebido el pensamiento de estos grandes monumentos.

»Ha dado usted a las Pirámides la noble y profunda intención que no habían sabido ver los frívolos declamadores.

»¡Cuántas enhorabuenas le doy por haber entregado a la justa execración de los siglos a ese pueblo estúpido y feroz que causa hace doscientos años la desolación de los países más hermosos de la tierra! No puede uno menos de sonreír con usted ante la esperanza de verle volver al desierto de que ha salido.

»Ha inspirado usted un pasajero sentimiento de indulgencia hacia los árabes, gracias a la semejanza que les ha dado con los salvajes de la América septentrional.

»La Providencia parece haber conducido a usted a Jerusalén para que asistiera a la última representación de la primera escena del cristianismo. Si no les es concedido a los ojos de los hombres volver a ver esa tumba, *la única que nada tendrá que devolver en el último día*, los cristianos la encontrarán siempre en el Evangelio, y las almas contemplativas y sensibles la verán en la obra de usted.

»No dejarán los críticos de disputarle los nombres y los hechos con que ha cubierto las ruinas de Cartago, que no podía usted pintar, puesto que no existen. Mas, le recomiendo que se limite únicamente a preguntarles si ellos mismos no los verían en esas descripciones tan interesantes.

»Tiene usted derecho a gozar de un género de gloria que le pertenece exclusivamente por una especie de creación; pero hay todavía un goce más satisfactorio que éste para un carácter como el suyo, y es el de haber dado a las creaciones de su genio la nobleza de su alma y la elevación de sus sentimientos. Esto es lo que asegurará en todo tiempo a su nombre y a su memoria el aprecio, la admiración y el respeto de todos los amantes de la religión, de la virtud y del honor.

»En este sentido le ruego que se digne aceptar el homenaje de mis más sinceros sentimientos.

»† L. F. DE BAUSSET, *ant. ob. de Alais.*»

El señor Chenier murió el día 10 de enero de 1811. Mis amigos tuvieron la fatal idea de animarme a que le reemplazase en el Instituto. Sostenían que, expuesto como estaba a la animosidad del jefe del gobierno, y a las sospechas y chismes de la policía, me sería en extremo conveniente pertenecer a un cuerpo muy poderoso entonces por su renombre y por las personas que le componían, y que, amparado por este escudo, podría trabajar con toda tranquilidad.

Tenía yo una invencible repugnancia a ocupar ningún puesto, aun cuando no dependiera del gobierno, pues me acordaba de lo que me había costado el primero que ocupé. La herencia de Chenier me parecía peligrosa; yo no podía hablar sin exponerme; no podía pasar en silencio el regicidio, aunque Cambacérès fuese el segundo hombre de Estado; estaba resuelto a hacer oír mis reclamaciones en favor de la libertad, y de elevar mi voz contra la tiranía; deseaba explicar mis sentimientos sobre los horrores de 1793, exteriorizar mi dolor por la familia caída de nuestros reyes, y llorar las desgracias de los que les habían permanecido fieles. Mis amigos me dijeron que me equivocaba; que unas cuantas alabanzas al jefe del gobierno, tema obligado de los discursos académicos, alabanzas de que,

desde cierto punto de vista, hallaba yo digno a Bonaparte, le haría digerir cuántas verdades quisiera enunciar; que tendría a la vez el honor de haber sostenido mis opiniones y la dicha de hacer cesar los temores de la señora de Chateaubriand. A fuerza de insistir, me rendí, cansado por la resistencia, pero diciéndoles que hacían mal; que Bonaparte no se dejaría engañar por los lugares comunes sobre su hijo, su mujer y su gloria, y que no por eso sentiría menos la lección; que reconocería al dimisionario por el fusilamiento del duque de Enghien, y al autor del artículo que hizo suprimir *El Mercurio*; y que, por último, en vez de asegurarme la tranquilidad, daría nuevo impulso a las persecuciones de que era objeto. Pronto se vieron precisados a reconocer la verdad de mis predicciones; cierto es que no habían podido sospechar la temeridad de mi discurso.

Fuí a hacer las visitas de costumbre a los miembros de la Academia. La señora de Vintimille me presentó en casa del abate Morellet. Lo encontramos dormido, y con el *Itinerario*, que se le había escapado de las manos. Se despertó sobresaltado al oír mi nombre pronunciado por el criado, y levantó la cabeza exclamando: «¡Esto es un poco difuso, un poco difuso!» Le contesté riendo que lo abreviaría en la nueva edición. Se portó muy bien, prometiéndome su voto a pesar de la *Atala*. Cuando algún tiempo más tarde salió a luz la *Monarquía con arreglo a la Carta*, no podía comprender que tuviese por autor al cantor de la *Hija de las Floridas*. ¿No escribí Grocius la tragedia de *Adán y Eva*, y Montesquieu *El Templo de Guido*? Verdad es que yo no era ni Grocius ni Montesquieu.

Por fin llegó el día de la elección, y en el escrutinio obtuve una inmensa mayoría: me puse en seguida a trabajar en mi discurso; lo hice y lo rehice veinte veces, no encontrándome nunca satisfecho; tan pronto, deseando hacerlo legible, me parecía demasiado fuerte; tan pronto, volviendo la cólera a apoderarse de mí, lo encontraba demasiado débil. No sabía cómo graduar la dosis del elogio académico. Si, a pesar de mi antipatía hacia Bonaparte, hubiera querido expresar la admiración que me causaba la parte pública de su vida, hubiera pasado los límites de la peroración. Milton, a quien cito en el principio de mi discurso,

me suministraba el modelo; en su *Segunda defensa* del pueblo inglés hace un pomposo elogio de Cromwell:

«Tú, no sólo has eclipsado las acciones de todos nuestros reyes—dice—, sino aun las que nos cuentan de nuestros héroes fabulosos. Reflexiona en la prenda querida que la tierra que te dió el ser ha confiado a tu cuidado: la libertad que esperó en otro tiempo de la flor de los talentos y de las virtudes, la espera ahora de ti, y se huelga en obtenerla de ti solo. Haz honor a las ardientes esperanzas que nos animan; honra los anhelos de tu patria intranquila; respeta las miradas y las heridas de tus valientes compañeros que, bajo tus banderas, combatieron heroicamente por la causa de la libertad; respeta las sombras de los que han perecido en el campo de batalla; en fin, respétate a ti mismo; no permitas, después de haber arrostrado tantos peligros por amar las libertades, que sean violadas por ti mismo o atacadas por otras manos. Tú no puedes ser completamente libre sino en cuanto nosotros lo seamos. Tal es la naturaleza de las cosas: el que usurpa la libertad pública, es el primero que pierde la suya y que se hace esclavo.»

Johnson ha citado únicamente las alabanzas dadas al protector, a fin de poner en contradicción al republicano consigo mismo; el hermoso fragmento que acabo de traducir muestra el contrapeso de estas alabanzas. La crítica de Johnson ha sido olvidada; la defensa de Milton vive todavía; todo lo que se funda en el espíritu de partido y en las pasiones del momento parece como ellas y con ellas.

Estando ya concluido mi discurso, fuí invitado a leerlo ante la comisión nombrada al efecto, siendo desaprobado por esta comisión, exceptuando a dos o tres miembros de ella. Digno era de ver el temor de los orgullosos republicanos que me escucharon y a quienes espantaba la independencia de mis opiniones; estrechéronse de indignación y de espanto al sólo nombre de libertad. El señor Daru llevó el discurso a Saint-Cloud. Napoleón dijo que si hubiese sido pronunciado, hubiera hecho cerrar las puertas del Instituto y me hubiera encerrado en un calabozo para el resto de mi vida.

Después recibí esta carta del señor Daru:

Saint-Cloud, 28 de abril de 1811.

«Tengo el honor de comunicar al señor de Chateaubriand que, cuando tenga tiempo y ocasión de venir a Saint-Cloud, podré devolverle el discurso que tuvo a bien confiarme. Aprovecho esta ocasión para reiterarle la seguridad de la alta consideración con que tengo el honor de saludarle.

»DARU.»

Fuí a Saint-Cloud. El señor Daru me devolvió el manuscrito, subrayado aquí y allí, marcado *ab irato* con paréntesis y con rayas de lápiz por Bonaparte; las garras del león se clavaban en todas partes; yo experimentaba una especie de placer, de irritación, al sentir las en mis carnes. El señor Daru no me ocultó la cólera de Napoleón; pero me dijo que, conservando la peroración, salvo algunas frases y cambiando casi todo el resto, sería admitido con gran satisfacción de todos. En el palacio habían sacado copia del discurso, suprimiendo algunos párrafos, y añadiendo otros. Poco tiempo después apareció en las provincias impreso de esta manera.

Este discurso es una de las más relevantes garantías de la independencia de mis opiniones y de la constancia de mis principios. El señor Suard, hombre libre, y de corazón, decía que, si se hubiera leído en la Academia habría hecho desplomarse la bóveda de la sala al estallido de los aplausos. ¿Puede formarse una idea exacta de lo que produciría el apasionado elogio de la libertad, aun en medio del servilismo del imperio?

Conservé el manuscrito corregido, con religioso cuidado; la desgracia hizo que al abandonar la enfermería de María Teresa se quemara entre una infinidad de papeles. Sin embargo, los lectores de estas *Memorias* no se verán privados de él; uno de mis colegas tuvo la bondad de sacar una copia, que es la siguiente:

«Cuando Milton publicó *El Paraíso perdido*, ninguna voz se alzó en los tres reinos de la Gran Bretaña para elogiar una obra que, a pesar de sus numerosos defectos, no deja de ser uno de los más hermosos monumentos del talento humano. El Homero inglés murió olvidado, y sus contemporáneos legaron al porvenir el cuidado de inmortalizar al cantor del *Edén*. ¿Fue ésta una de las injusticias li-

terarias de que todos los siglos nos ofrecen ejemplos? No, señores; los ingleses, libres apenas de las guerras civiles, no pudieron resolverse a honrar la memoria de un hombre que se hizo notable por el ardor de sus opiniones en un tiempo de calamidades. ¿Qué reservaremos, decían, para la tumba del ciudadano que se consagra a la salvación de su país, si prodigamos honores a las cenizas de aquel que todo lo más puede implorar una generosa indulgencia? La posteridad hará justicia a la memoria de Milton; pero nosotros debemos una lección a nuestros hijos; preciso es hacerles entender con nuestro silencio que el talento es un don funesto cuando va unido a la pasión, y que es preferible condenarse a la obscuridad que hacerse célebre con las desgracias de su patria.

»¿Imitaré yo, señores, ese ejemplo memorable, o bien os hablaré de la persona y de las obras del señor Chenier? Para conciliar vuestros usos con mis opiniones, creo indispensable adoptar un justo medio entre el silencio absoluto y el examen profundo. Pero, sean cuales fueren mis palabras, ninguna hiel emponzoñará este discurso. Si advertís en mí la franqueza de Duclos, mi compatriota, espero probaros que tengo también su misma lealtad.

»Sin duda habría sido curioso ver lo que un hombre de mis ideas y en mi posición podría decir de la persona cuyo lugar ocupo hoy. Sería muy interesante examinar la influencia de las revoluciones sobre las letras, demostrando cómo los sistemas pueden extraviar el talento y arrastrarlo a sendas engañosas que parecen conducir a la gloria, y que no desembocan sino en el olvido. Si Milton, a pesar de sus extravíos políticos, ha dejado obras que admiran a la posteridad, es porque, sin haber abjurado de sus errores, se retiró de una sociedad que se apartaba de él, y buscó en la religión el alivio de sus males y el manantial de su gloria. Privado de la luz del cielo, se creó una nueva tierra, un nuevo sol, y abandonó, por decirlo así, un mundo en que no había visto más que desgracias y crímenes; colocó en las cunas del *Edén* la inocencia primitiva, la santa felicidad que reinaban bajo las tiendas de Jacob y de Raquel, y puso en el infierno los tormentos, las pasiones y los remordimientos de los hombres, de cuyas iras había participado.

»Desgraciadamente para las obras del señor Chenier, aun cuando en ellas se descubre el germen de un notable talento, no brillan ni por aquella antigua sencillez, ni por aquella sublime majestad. Su autor se distinguía por un talento eminentemente clásico. Nadie mejor que él conocía los principios de la literatura antigua y moderna; teatro, elocuencia, historia, crítica, sátira, todo lo abarcaba; pero sus escritos llevan el sello de los desastrosos días que los han visto nacer. Dictados con frecuencia por el espíritu de partido, han sido aplaudidos por las facciones. ¿Separaré en los trabajos de mi predecesor lo que como nuestras discordias ya ha pasado y lo que vivirá como nuestra gloria? Aquí se hallan confundidos los intereses de la sociedad y los de la literatura. No puedo olvidar suficientemente los unos para ocuparme solamente en los otros; así, pues, señores, me veo en la necesidad de callarme o de entrar en cuestiones políticas.

»Hay personas que quisieran hacer de la literatura una cosa abstracta y aislarla de las cosas humanas. Estas me dirán: «¿Por qué guardáis silencio? No consideréis las obras del señor Chenier sino desde el punto de vista literario. ¿Es decir, señores, que es preciso que abuse de vuestra paciencia y de la mía para repetir vulgaridades que se encuentran en todas partes y que conocéis mejor que yo? Tiempos diversos exigen diversas costumbres; herederos de una larga sucesión de años de tranquilidad, nuestros antepasados podían entregarse a discusiones puramente académicas, que probaban aún más su talento que su felicidad. Pero nosotros, restos infortunados de un naufragio horroroso, carecemos de elementos para disfrutar de una calma tan perfecta. Nuestras ideas, nuestros espíritus han tomado un rumbo diferente. El hombre ha reemplazado entre nosotros al académico; despojando a las letras de lo que pueden tener de fútil, sólo las vemos a través de nuestros poderosos recuerdos y de la experiencia de nuestra adversidad. Qué, ¿después de una revolución que en pocos años nos hizo recorrer los acontecimientos de muchos siglos, se ha de prohibir al escritor toda consideración elevada? ¿Se le rehusará examinar el lado imponente de las cosas? ¿Ha de pasar una vida frívola entreteniéndose en pequeñeces gramaticales, en las reglas del buen gusto, en las

definiciones literarias? ¿No podrá presentar al fin de sus días una frente surcada por sus largos trabajos, por sus profundos pensamientos, y muchas veces por el expresivo dolor que aumenta el esplendor del hombre? ¿Qué importantes cuidados habrían encanecido sus cabellos? Las penas miserables del amor propio y los pueriles juegos de la imaginación.

»Seguramente, señores, que esto sería tratarnos con un desprecio inmerecido; en cuanto a mí, yo no puedo desconocerme de ese modo, ni reducirme al estado de la infancia en la edad de la fuerza y de la razón. No puedo encerrarme en el estrecho círculo que se pretende trazar alrededor del escritor. Por ejemplo, si yo pretendiera hacer el elogio del literato, del cortesano que preside esta asamblea, ¿creéis, por ventura, que me contentaría con alabar en él ese espíritu francés, ligero e ingenioso, que recibió de su madre, y del que ofrece aquí entre nosotros tan acabado modelo? Sin duda que no: desearía también hacer brillar en todo su esplendor el hermoso nombre que tiene. Citaría al duque de Boufflers, que hizo levantar a los austriacos el bloqueo de Génova. Hablaría del mariscal, su padre, aquel gobernador que disputó a los enemigos de Francia las fortificaciones de Lille y consagró con esta memorable defensa la desgraciada vejez de un gran rey. De aquel compañero de Turenna, de quien decía la señora de Maintenon: «En él ha muerto el corazón lo primero.» Por último, me extendería hasta ese Luis de Boufflers, llamado *el Robusto*, que demostraba en los combates el valor y la fuerza de Hércules; de esta manera tendría en las dos extremidades de esta familia la fuerza y la delicadeza, el caballero y el trovador. Se dice que los franceses son hijos de Héctor: yo creería más bien que descienden de Aquiles, porque manejan, como este héroe, la espada y la lira.

»Si fuese mi objeto, señores, hablaros del poeta célebre que cantó la naturaleza con una voz tan sonora, ¿creéis que me limitaría a demostraros la admirable flexibilidad de un talento que supo presentar con un mérito igual las bellezas correctas de Virgilio y las bellezas incorrectas de Milton? No: os presentaría también a ese poeta, compañero inseparable de compatriotas, siguiéndolos con su lira hasta las riberas extrañas, cantando sus dolores para consolarlos: ilus-

tres desterrados, en medio de aquella multitud de la cual yo también formaba parte. Verdad es que su edad y sus achaques, sus talentos y su gloria, no le habrían puesto al abrigo de las persecuciones en su patria. Pretendían hacerles comprar la paz con versos indignos de su musa, y su musa no supo cantar más que la espantosa inmortalidad del crimen y la dulce inmortalidad de la virtud:

Tranquilizaos, vosotros sois inmortales.

»Si, finalmente, señores, tratara de hablaros de un amigo querido, de uno de esos amigos que, según Cicerón, hacen más brillante la prosperidad y más suave el infortunio, encomiaría la finura y la pureza de su buen gusto, la escogida elegancia de su prosa, la belleza, la fuerza, la armonía de sus versos, que, basados en los grandes modelos, se distinguen, sin embargo, por un carácter de originalidad; encomiaría ese talento superior que jamás conoció las trabas de la envidia; talento que se complacía en las glorias de los demás y no en la suya propia, ese talento que, después de diez años, admira todo lo que puede honrarme, con la sencilla y profunda alegría conocida solamente por los más nobles corazones y por la amistad más pura. Empero, no dejaría en silencio la parte política de mi amigo: lo presentaría a la cabeza de uno de los primeros cuerpos del Estado, pronunciando esos discursos que son obras maestras de decoro, de gracia y de nobleza. Lo representaría sacrificando la agradable compañía de las musas a ocupaciones que, sin duda, no tendrían atractivos si no se entregara uno a ellas en la esperanza de educar hijos capaces de seguir mañana las gloriosas huellas de sus padres y de evitar nuestros errores.

»Al hablar de los hombres eminentes que componen esta asamblea, no puedo menos de considerarlos desde el punto de vista moral y social. Uno de ellos se distingue entre vosotros por su talento fino, delicado y prudente; por su cortesía, hoy día tan rara, y, sobre todo, por la constancia más laudable en sus opiniones moderadas. Otro encontró, bajo los hielos de la edad, todo el calor de la juventud, para defender la causa de la desgracia. Este, elegante historiador y delicado poeta, se nos presenta más digno aún de respeto por el recuerdo de un padre y de un hijo mutilados en el ser-

vicio de la patria. Aquél, al devolver el oído a los sordos y la palabra a los mudos, nos recuerda los milagros del culto evangélico al cual se consagró. ¿No hay entre vosotros, señores, testigos de vuestros antiguos triunfos que puedan contar al digno heredero del canciller de Aguesseau cómo aplaudieron en otro tiempo el nombre de su abuelo en esta asamblea? Paso a los hijos favoritos de las nueve hermanas, y contemplo al venerable autor del *Edipo* retirado a la soledad, y a Sófoles olvidando en Colonna la gloria que le llama a Atenas. ¡Cuánto debemos amar a los otros hijos de Melpómene, que tanto llegaron a interesarnos en la desgracia de nuestros padres! Todos los corazones franceses han temblado de nuevo al presentimiento de la muerte de Enrique IV. La musa trágica restableció el honor de aquellos esforzados paladines indignamente calumniados por la historia y noblemente vengados por uno de nuestros modernos Eurípides.

»Descendiendo a los sucesores de Anacreonte, no podía menos que detenerme en el hombre tierno que, semejante al anciano de Teos, entona después de quince lustros los amorosos cánticos con que hacía resonar sus quince años. Iré a buscar vuestro nombre sobre esos tempestuosos mares que guardaba en otro tiempo el gigante Adamástor, y que se han apaciguado con los poéticos nombres de Eleonora y de Virginia. *Tibi rident æquora.*

»¡Ay, demasiados talentos ha habido entre nosotros, errantes y expatriados! ¿No ha cantado la poesía en sonoros versos el arte de Neptuno, ese arte fatal que la transportó a lejanas playas? ¿Y la elocuencia francesa, después de defender el Estado y el altar, no se retira también como a su manantial, a la patria de San Ambrosio? ¡Si yo pudiera colocar aquí a todos los miembros de esta asamblea, en un cuadro en que la adulación no cambiase los colores! Porque, si es cierto que la envidia obscurece a veces las eminentes cualidades de los literatos, es aún más cierto, que esta clase de hombres se distingue por sus elevados sentimientos, por sus desinteresadas virtudes, por el odio a la opresión, por la abnegación de la amistad y por su fidelidad para con la desgracia. De esta manera, señores, es cómo yo deseo considerar un objeto por todas sus caras, y cómo trato de dar importancia

a las letras, aplicándolas a las más altas funciones de la moral, de la filosofía y de la historia. Con esta independencia de espíritu, preciso es que me abstenga de hablar de obras que es imposible examinar sin irritar las pasiones. Si hablara de la tragedia de *Carlos IX*, ¿cómo no había de vindicar la memoria del cardenal de Lorena, discutiendo esta memorable lección dada a los reyes? Cayo Graco, Calas, Enrique VIII, Fenelón, me ofrecerían en muchas partes esta misma alteración de la historia para sustentar las mismas doctrinas. Si leo las sátiras, encuentro sacrificados en ellas a hombres colocados en las primeras filas de esta asamblea; escritas, sin embargo, en un estilo correcto, elegante y fácil, recuerdan agradablemente la escuela de Voltaire, y tendría tanto más placer en alabarlas, cuanto que mi nombre no escapó a la malicia del autor. Pero dejemos a un lado obras que pudieran dar lugar a recriminaciones dolorosas; no turbaré la memoria de un escritor que fué vuestro colega, y que cuenta todavía entre vosotros amigos y admiradores; quizás deba a esa religión, que tan despreciable se presentaba a sus ojos en los escritos de los que la defienden, la paz que le deseo en su sepulcro; pero aquí mismo, señores, ¿no seré yo bastante desgraciado para dar en un escollo? Porque, al ofrecer al señor Chenier ese tributo de respeto que los muertos reclaman, temo encontrar bajo mis pies cenizas ilustres de una manera muy distinta. Si interpretaciones poco generosas quisieran hacer un crimen de esta involuntaria emoción, me iría a refugiar al pie de esos altares expiatorios que un poderoso monarca eleva a los manes de las dinastías ultrajadas. ¡Oh, cuánto mejor hubiera sido para el señor Chenier no haber participado de esas calamidades públicas que cayeron al fin sobre su cabeza! El, lo mismo que yo, supo lo que es perder un hermano querido en los disturbios de la nación. ¿Qué hubieran dicho nuestros desgraciados hermanos si Dios les hubiera hecho comparecer en un mismo día ante su tribunal? Si se hubieran encontrado en el momento supremo, antes de confundir su sangre, nos hubieran gritado sin duda alguna: «Dejad vuestras guerras intestinas; volved a dar acogida en vuestros pechos a los sentimientos de amor y de paz; la muerte pesa igualmente sobre todos los partidos, y vuestras crueles dis-

cordias nos cuestan la juventud y la vida.»

»Si mi predecesor pudiera oír estas palabras que no consuelan más que a su sombra, sería sensible al homenaje que rindo a su hermano, porque era naturalmente generoso; y esa generosidad de carácter fué la que le arrastró a innovaciones, halagüeñas sin duda, puesto que prometían devolvernos las virtudes de Fabricio. Pero, engañado bien pronto en sus esperanzas, su carácter se agrió, desnaturalizándose su talento. Transportado desde la soledad del poeta al medio de las facciones, ¿cómo pudiera haberse entregado a esos sentimientos que constituyen el encanto de la vida? ¡Feliz él, si sólo hubiera visto el cielo de la Grecia, bajo el cual había nacido! ¡Si no hubiera contemplado otras ruinas que las de Esparta y de Atenas! Quizás lo habría yo encontrado en la hermosa patria de su madre, y nos hubiéramos jurado amistad sobre las orillas del Permeso; o bien, ya que había de volver a los campos paternos, ¿por qué no me siguió a los desiertos adonde fui lanzado por las tempestades? El silencio de las selvas hubiera tranquilizado su alma destrózada, y las cabañas de los salvajes le habrían reconciliado tal vez con los palacios de los reyes. ¡Inútiles deseos! El señor Chenier continuó en el teatro de nuestras turbulencias y de nuestros dolores. Atacado, aún joven, de una enfermedad mortal, le visteis, señores, inclinarse poco a poco hacia la tumba, y dejar para siempre..... No sé los detalles de sus últimos momentos.

»He concluido, señores, el trabajo que los usos de la Academia me han impuesto. Al acabar este discurso se presenta a mi imaginación una idea que me aflige; no hace mucho tiempo que el señor Chenier emitía sobre mis obras juicios que se preparaba a publicar, y hoy soy yo el que juzga a mi juez. Lo digo con toda la sinceridad de mi corazón: quisiera más verme aún expuesto a las sátiras de un enemigo, y vivir pacíficamente en la soledad, que hacerlos notar con mi presencia la rápida sucesión de los hombres sobre la tierra, la aparición súbita de esa muerte que derriba nuestros proyectos y nuestras esperanzas, que nos arrebatara repentinamente y entrega a veces nuestra memoria en manos de personas opuestas a nuestros sentimientos y a nuestras ideas. Esta tribuna es una

especie de campo de batalla, donde los talentos acuden, unos en pos de otros, a brillar y a morir. ¡Cuántos genios de guerra distintos no ha visto pasar! Corneille, Racine, Boileau, La Bruyere, Bossuet, Fenelón, Voltaire, Buffon, Montesquieu... ¿Quién no tiembla, señores, al considerar que va a formar un eslabón en la cadena de esta ilustre línea? Agobiado bajo el peso de estos nombres inmortales, no pudiendo hacerme reconocer por mis talentos como heredero legítimo, trataré a lo menos de probar mi descendencia por mis sentimientos.

»Cuando me llegue mi turno de ceder el sitio al orador que deba hablar sobre mi tumba, podrá juzgar mis obras con toda severidad; pero se verá precisado a decir que yo amaba a mi patria con delirio, que hubiera antes sufrido mil desgracias que hacer derramar una sola lágrima a mi país; y que sin la menor vacilación hubiera hecho el sacrificio de mis días, a estos nobles sentimientos, los únicos que dan valor a la vida y dignidad a la muerte.

»¡Pero qué época he ido a escoger, señores, para hablaros del luto y de los funerales! ¿No estamos rodeados por todas partes de fiestas? Viajero solitario, meditaba hace pocos días, sobre las ruinas de los imperios destruidos; y veo elevarse un nuevo imperio. Apenas abandono esas tumbas donde duermen las naciones enterradas, diviso una cueva llena de los destinos del porvenir. Por doquiera resuenan las aclamaciones del soldado. César sube al Capitolio; los pueblos cuentan las maravillas, los monumentos erigidos, las ciudades embellecidas, las fronteras de la patria bañadas por esos lejanos mares que sostenían los navíos de Escipión, y por esos aún más lejanos que no conoció Germánico.

»En tanto que el vencedor se adelanta rodeado por sus legiones, ¿qué han de hacer los tranquilos adeptos de las musas? Habrán de marchar delante del carro para unir el olivo de paz a las palmas de la victoria, para presentar al vencedor la copa sagrada, y mezclar a las narraciones guerreras las tiernas imágenes que hacían llorar a Pablo-Emilio sobre las desgracias de Perseo.

»Y vos, hija de los Césares, salid de vuestro palacio con vuestro tierno hijo en los brazos; venid a añadir nueva gracia a la grandeza; venid a enternecer la victoria y a templar el brillo de las ar-

mas con la doble majestad de una reina y de una madre.»

En el manuscrito que me fué devuelto, el principio del discurso que hace relación a las opiniones de Milton, se hallaba *cruzado* de un extremo a otro por el mismo Bonaparte. Una parte de mi reclamación contra el aislamiento de los negocios en que se quería tener a la literatura, estaba *marcada* igualmente con su reprobación. El elogio del abate Delille, que recordaba la emigración, la fidelidad del poeta a las desgracias de la familia real y a los sufrimientos de sus compañeros de destierro, estaba colocado en un *paréntesis*: el elogio del señor de Fontanes tenía una *cruz*. Casi todo cuanto decía sobre el señor Chenier, sobre su hermano, sobre el mío, sobre los altares expiatorios que se preparaban en Saint-Denis, estaba lleno de *borrones*.

No concluyó todo con devolverme el discurso; se me quería obligar a hacer otro nuevo. Declaré que me atenia al primero, y que no haría ninguno más. La comisión decidió entonces que no debía ser admitido en la Academia.

Personas llenas de chiste, de generosidad y de valor, y a quienes no conocía, se interesaban por mí. La señora de Lindsay, que a mi vuelta de Francia en 1800 me llevó desde Calais a París, habló a la señora Gay; ésta se dirigió a la señora Regnault de Saint-Jean-d'Angely, la cual invitó al duque de Rovigo a que me dejara en paz. Las mujeres de aquella época interponían su belleza entre el poder y el infortunio.

Todo este ruido se prolongó por los premios decenales hasta el año 1812. Napoleón, que me perseguía, hizo preguntar a la Academia, a propósito de estos premios, por qué no había colocado entre sus obras *El Genio del Cristianismo*. La corporación se explicó entonces; muchos de mis compañeros escribieron un juicio muy desfavorable de esta obra. Les hubiera podido decir lo que dijo a un pájaro un poeta griego: «Hija del Atica, criada con miel, tú, que tan bien cantas, te apoderas de una cigarra tan buena cantante como tú, y te la llevas para alimento de tus hijos: ambas tenéis alas; ambas habitáis los mismos lugares; ambas celebráis la llegada de la primavera; ¿por qué, pues, no le devuelves la libertad? No es justo que una cantora perezca en el pico de una de sus semejantes.»

PREMIOS DECENALES. — EL «ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES». — «LOS NATCHEZ». — FIN DE MI CARRERA LITERARIA. — BONAPARTE. — SU FAMILIA.

Esta mezcla singular de cólera y de afición de Bonaparte contra mí y hacia mí ha sido constante siempre; me amenazaba, y al mismo tiempo pregunta al Instituto por qué no ha hablado de mí con motivo de los premios decenales. Aún hace más: dice a Fontanes que, puesto que el Instituto no me consideraba digno del concurso a los premios, él me otorgaría uno; que me nombraría superintendente general de todas las bibliotecas de Francia; superintendencia que figuraba en la categoría de una embajada de primera clase. Napoleón no había echado en olvido su primera idea de emplearme en la carrera diplomática, y no podía menos de desear, por causas que le eran harto conocidas, que yo entrara a formar parte del ministerio de Estado. Y, sin embargo, a pesar de estas proyectadas liberalidades, su prefecto de policía me invitó, algún tiempo después, a alejarme de París, y fui a Dieppe, donde continué mis *Memorias*.

Bonaparte descende a representar el papel de estudiante truhán; desentierra el *Ensayo sobre las revoluciones*, complaciéndose en hacerme la guerra por esta obra. Un tal señor Damaze de Raymond se constituyó en campeón mío: fui a darle por ello las gracias a su casa, calle de Vivienne. Entre los varios objetos que tenía sobre su mesa había una calavera; algún tiempo después murió en desafío, y su hermosa fisonomía fué a reunirse con el horrible busto que parecía llamarle. En aquella época se habían puesto en moda los desafíos. Uno de los agentes de policía secreta, que había sido encargado de la prisión de Jorge, recibió de mano de éste un balazo en la cabeza.

Para concluir de una vez los ataques traidores de mi poderoso enemigo, me dirigí al mismo señor de Pommereul, de quien ya he tenido ocasión de hablar en mi primera llegada a París: desempeñaba el cargo de director general de la imprenta y librería; le pedí permiso para reimprimir el *Ensayo*. Puede verse mi correspondencia y el resultado de ella en el prefacio del *Ensayo sobre las revolu-*

ciones, edición de 1826, tomo segundo de las Obras completas. Por otra parte, el gobierno tenía razón en negarme la reimpresión de la obra completa. El *Ensayo*, por sus ideas con respecto a las libertades y a la monarquía, era una obra que no debía ver la luz en un tiempo en que reinaban el despotismo y la usurpación. La policía aparentaba cierta imparcialidad tolerando que se dijera algo en favor mío, y gozándose en impedir la única cosa que hubiese podido vindicarme. A la vuelta de Luis XVIII se hizo una nueva exhumación del *Ensayo*, así como durante el Imperio se habían querido servir de él en contra mía bajo el aspecto político, del mismo modo pretendieron hacerlo en el tiempo de la Restauración desde el punto de vista religioso. En las notas de la nueva edición del *Ensayo histórico* hice una retractación pública de mis errores, que nada deja que desear. La posteridad pronunciará su fallo sobre el libro y sobre el comentario, si es que se ocupa todavía en estas antiguallas. Me atrevo a esperar que juzgará el *Ensayo* como lo ha juzgado mi cabeza encanecida; porque, al avanzar en el camino de la vida, se anticipa uno a la justicia de ese porvenir que se va aproximando. El libro y las notas me ponen delante del mundo tal como fué al principio de mi carrera, y tal como soy al final de ella.

Además, esta obra, que he tratado con un rigor extremado, ofrece el *compendio* de mi existencia como poeta, como moralista y como hombre político futuro. El trabajo es superabundante, el atrevimiento de las opiniones está llevado hasta el extremo. Preciso es reconocer que, en las sendas diversas que he seguido, las preocupaciones jamás me sirvieron de guía; que nunca me he cegado en causa alguna; que no me ha guiado interés alguno, y que los partidos que he seguido han sido siempre de mi elección.

Para terminar lo que tengo que decir sobre mi carrera literaria, debo hacer mención de la obra que la inició y que permaneció en manuscrito hasta que la publiqué en mis *Obras completas*.

Al principio de los *Natchez*, se dice en el prólogo el modo cómo fué encontrada esta obra en Inglaterra, gracias a las investigaciones, dignas de mi gratitud, de los señores de Thuisy.

Un manuscrito, de que pude sacar a *Atala*, a *René* y muchas de las descripciones que se ven en *El Genio del Cris-*